

CAPITULO X.

LA SALVACION SUPREMA.

I.

Lo que habia por dentro.

Se contaba con que las Cámaras aprobarian el contrato relativo al pago de la deuda. ¿Lo dudábamos los mexicanos?—Ciertamente que no: conocíamos *nuestras cosas*, sabíamos lo que era y lo que pesaba nuestro sistema parlamentario. . . . ¿Lo dudaban los tenedores extranjeros?—Tampoco, y ni siquiera se les habia ocurrido considerar á nuestras Cámaras como un obstáculo probable. Ellos habian interrogado: «¿lo quiere Gonzalez?» «¿lo quiere el General Diaz?»—y nada más. Conocian tambien *nuestras cosas*, y una respuesta afirmativa á aquellas preguntas les dejaba perfectamente tranquilos. . . . ¿Lo dudaba Manuel Gon-

zalez?—Mucho ménos. Tres años y once meses de rendido vasallaje á la consigna le aseguraban verosimilmente contra una infidelidad en el último mes del último año presidencial. Particularmente, los diputados del parlamento, teatral de Iturbide le inspiraban una gran confianza. La consigna ya no iba á ellos; ellos iban á la consigna. Apenas asomaba las orejas en el hemicycle ó en la plataforma alguna de las célebres *mulas de nuestro Amo* cuando se les veía acudir en grupos hacia ella. "¿Cómo está el rey?" "¿Qué quiere el rey?" exclamaban atropellándose por estrechar la mano del hombre-mula y oír su respuesta. *El rey* era un nombre de broma dado por ellos en serio á Manuel Gonzalez. Este lo sabía y aceptaba aquel sobriqueté como la expresión humorística de un vasallaje verdadero. En cambio, decía él de ellos "mis diputados," y para recrearse con la evidencia de su adhesión, les mandaba venir á entrevistas íntimas que se terminaban en un parpadeo de ojos: "¿Cuento con vd.?"—"¿Cómo no. . . ." Algo se susurraba de un movimiento de oposición parlamentaria que se operaría del impulso de un exiguo grupo de diputados patriotas. Pero eso ser-

viria para forjar un cierto aparato de debate que no iría más allá de límites prudentes. Manuel Gonzalez confiaba en su inmensa mayoría como Hércules en su maza para aplastar las pequeñas disidencias. . . . Se procedería por festinaciones: en una semana saldría el contrato de la deuda aprobado por la Cámara de diputados; en otra por la de senadores y. . . . ¡negocio hecho! Manuel Gonzalez marcharía adelante, cargado con los millones que quisiese tomar del *exceso*, y la patria se quedaría atrás á pagar los 86 millones de la deuda. Eso iba á suceder, tenía que suceder en el orden regular de las cosas. Dentro de los horizontes de la política no había ni se esperaba algun elemento salvador. El General Diaz seguía inmóvil y silencioso como una esfinge en monolito. Un grupo de diez ó doce diputados al organizarse para escaramuzas de oposición á la hora del debate, parecían estar organizando su impotencia. . . . El elemento salvador en caso de existir tendría que surgir no en la política, sino fuera de ella. . . .

¿Podría surgir? . . .

II.

Lo que había por fuera.

Fuera de la política estaba la masa heterogénea de nuestro pueblo. La población indígena encerrada en su inercia, la población rica en sus dos ramas, la aristocrática y la burguesa, encerrada en su apatía y en su egoísmo, agena á la nación y á los intereses de la patria. . . . No saldría de ellas esfuerzo alguno. . . . ¡Saldría de la gran clase burocrática, condenada á girar en torno al pivote de la cosa pública, sujeta á él por la cadena de los empleos!—Eso hubiera sido lo natural: que el empuje saliese de la clase más directamente oprimida; que los tres mil empleados del Palacio Nacional, los centenares del de Justicia, los innumerables de las oficinas federales de la República, todos sin sueldo desde ocho meses atrás, todos palideciendo de hambre, clavando los codos roídos sobre

los pupitres en ademanes de desesperación, todos llevando tanto tiempo á la oficina el "no hay pan," del hogar y al hogar el "no hay quincena," de la oficina, maldiciendo á Manuel Gonzalez y á su Gobierno de lo más hondo de su alma, viendo en las grandes propiedades de aquel la representación palpable de la insolvencia de sus sueldos pasados, y en el contrato de la deuda la representación de la insolvencia de sus sueldos futuros. . . . que ellos fuesen el levantamiento, el motin, siquiera el grito de protesta ó el aliento de indignación. . . . ¿qué cosa, en efecto, más natural? . . . Y sin embargo, de allí, como de la población indígena y la rentista, no saldría nada, ningún factor apreciable para resolver en sentido salvador el terrible problema del momento. El empleado, que en otros países es un ciudadano á medias, en México es la negación del ciudadano. Su energía civil se ha perdido en el empleo como el vigor del parásito en la rama. Ya no tiene vida sino para vivir de la quincena. Fuera de ella no concibe cómo pueda resolverse la cuestión de su existencia, y por eso se ase al empleo como el naufrago á la roca. Concibe que si lo pierde se hunde en las profundidades sociales. Irá

á barrer las calles ó á fregar el pavimento de una fonda, porque no encuentra á sus aptitudes otro recurso que el supremo de un trabajo mecánico.

No sabe más que escribir minutas, hacer ó copiar comunicaciones y firmar la *nómina*; no sabe más que ser empleado. . . . Un hombre así será útil para muchas cosas, menos para reclamar un derecho público, menos para hacer sentir al mal gobernante su acción ó su voz de protesta. Patria, intereses comunes, derechos de ciudadano y de hombre, todo, hasta el pago regular de sus sueldos, lo subordina el empleado á la conservacion de su empleo. . . . No le pagan una quincena, dos, tres, todas las de ocho meses. . . . ¿y qué? ¿conspirar? ¿coligarse con la oposicion de unos cuantos raros patriotas? Eso seria arresgar el empleo, y el empleo puede no ser el pan de hoy, pero es el pan de mañana. Se comerá los puños de la camisa mientras llega ese mañana, se comerá á sus hijos mismos como Ugolino; pero no más. . . . A lo sumo consentirá en asociarse á sus compañeros de oficina y de hambre para hacer ante el gobernante una *representacion*, como la hicieron los empleados del Palacio de Justicia ante Manuel Gonzalez:—"Somos

padres de familia; no tenemos otro recurso para vivir que nuestros sueldos que se nos están debiendo hace diez meses. ¿Quiere vd. hacer que se nos pague, aunque sea una mínima parte?—No hay dinero.—Pero. . . . Señor!!—Nada, nada. . . . Lo que pueden ustedes hacer es renunciar los empleos. . . . Y nadie renunció, nadie murmuró siquiera lo que estaba en su conciencia: "nuestros sueldos los tienen vd. y sus favoritos, en casas y haciendas. . . . Tal clase de hombres tiene en casos dados el heroísmo del sufrimiento, pero jamás el de la accion.

Era éste el que entónces se necesitaba. ¿Lo tendria la clase militar, el ejército hambriento sometido igualmente á la dieta Tanner? Habia un batallon de guarnicion en Soconusco que, en todo el mes de Julio de 84, debiendo recibir \$ 8,000, no recibió más que 25! El batallon se echó á dormir sobre sus armas el sueño del hambre. Nuestro soldado, máquina de combate, traída de aquí para allá, de bandera á bandera, durante medio siglo, seguia siendo el hombre de siempre dispuesto á ser arrastrado al matadero por el primer jefe que gritara: ¡viva. . . . cualquier cosa! Si les hubiesen lla-

mado á pronunciarse, se habrían pronunciado; pero faltaban jefes impulsores, faltaban los mozos de cuerda que levantasen y pusiesen en movimiento esa carne de cañón. Nuestros mil y un generales sufrían la reacción de nuestros mil y un pronunciamientos y habían ido de la extrema agitacion á la extrema impasibilidad. . . . El ejército era Aquiles. . . . ¿en la tienda?—Mucho más allá: en la trastienda!

Un pueblo como ese estaba perdido, un negocio como ese estaba ganado. Ni dentro de la política ni fuera de ella, tendiendo la vista por toda la superficie total se veía elemento alguno salvador. . . . En tal situación el espíritu del observador patriota, como el marinero náufrago que no ve asomar ni mástil, ni vela, ni penacho de humo en toda la extensión perceptible del mar, se volvía en su desesperacion, á lo profundo del mar mismo, á las capas sociales escondidas bajo la costra pelada y dura, como si fuese á un socorro prodigioso la salvacion que no le era dado esperar de los recursos naturales. Y se puso á sondear. . . .

III.

Lo que había debajo.

Bajo la política, bajo la masa general donde no se manifiestan más que las clases más activas y las grandes porciones de pueblo, se agitaban esos componentes secundarios que los Gobiernos no ven ó apenas ven al soslayo, clases que el padrón oficial no determina, que la Estadística pierde de vista en sus abstracciones, gente sin lugar propio en el rol político, los pasivos, los pequeños, los débiles, el público que no vale la pena de que un ministro pregunte: "¿contamos con él? El elemento femenino y el elemento joven entraban en buena parte á formar esa clase. La mujer mexicana venía siendo atraída á una participacion indirecta, más y más sensibles, en los asuntos públicos. Ella había sufrido en calidad de comerciante

al menudeo ó de obrera ó de administradora doméstica, los efectos de la crisis monetaria de níquel. Ella sufría el saqueo del Tesoro y la consiguiente suspensión de sueldos, en la fracción de las pensionistas y en la gran clase de las esposas ó hijas de los empleados. Las pensionistas obligadas por la miseria á malbaratar su *papel* de sueldos rezagados vendiéndolo al 5 y al 6 por ciento á los D. García que, casi ante su vista, se lo hacían pagar por el Tesoro *á la par*, eran para el Gobierno las comadres, no *alegres* como las de Windsor, sino fastidiadas, lo que era peor. Ellas cuchicheaban maldiciones por los corredores de Palacio, las parlotearan por calles y plazas, las declamaban en las casas de vecindad. Fomentaban con sus lenguas el apodo del personaje odiado, llamaban á Manuel Gonzalez *quince uñas*, al ministro de la Peña, el *hombre austero y sencillo*, al tesorero Lopez de Lara *lo pelara*, y el apodo no será la bala en las luchas políticas, pero es el cohete rastrero (*buscapies*) que inquieta y descompone las filas hácia que va dirigido. Ellas llevaban en los dedos la cuenta de las casas de Ramon Fernandez y de las Mesalinas de Manuel Gonzalez, y disparaban con-

tra ellos el dicharacho. Veían pasar al ministro Diez Gutierrez cabalgando en su gigantesco *tordillo* ó inventaban ó recogían una redondilla maliciosa:

¡Qué decepciones tan rudas!

¡Por qué engordas, patria cruel,

Las ancas de ese corcel

Con la sangre de las viudas! . . .

La mujer del empleado, sufriendo como él, sintiendo más que él y calculando ménos, era como la válvula abierta de su resignación. Ella que veía el moviliario de su casa, sus alhajas, sus trajes, todo, ir desapareciendo lentamente camino de *la casa de empeño*, no discutía con sus sufrimientos ni hallaba las conveniencias de disimular el mal presente en gracia de una transacción con la maldad del poderoso, que no comprendía. Este, el Gobierno y sus principales cabezas se le ofrecían á su imaginación como los autores inmediatos de tanto despojo. Ellos se llevaban sus muebles, sus vestidos y sus joyas, le arrebatában el *gasto* diario, estaban meditando echarla á la calle. . . . Llena de

esos sentimientos, hacia sin pensar en ello, la más activa propaganda revolucionaria en el seno de la amistad y de la familia. Catilina con faldas, el hogar era su Aventino y su campo Marcio. Allí pronunciaba sus discursos incendiarios encerrados en conversaciones familiares, exclamaciones, sátiras, gemidos dejados escapar entre las angustias de la escasez; comunicaba su indignación á sus hijos, á sus criados, á sus visitas; hacia una propaganda revolucionaria que el gendarme no podía detener, oculta y fatal como la expansión de la mancha de aceite.

El elemento joven obraba y se hacia sentir principalmente por los estudiantes de la Escuela Preparatoria y de algunas profesionales. Un movimiento nuevo se habia venido determinando en los últimos años, en su organización, en su actitud y en sus manifestaciones. Se organizaban en *congresos*, se declaraban en tal ó cual sentido filosófico ó político y prestaban el concurso de sus filas animadas, de sus asambleas y sus discursos en las festividades patrióticas. En un país donde la República está sólo en las letras de su nombre, y la democracia en los artículos de su código fundamen-

tal, el espíritu muerto de la ciudadanía parecia replegarse, en una suprema encarnación, á las almas de aquel grupo de juventud. Era particularmente en la festividad del 15 y 16 de Setiembre dedicada á conmemorar la revolución libertadora iniciada por Hidalgo, cuando las escuelas ponian en comunicación las corrientes del nuevo fluido que las animaba, entremezclaban sus entusiasmos, desfilaban por las calles principales de la capital fundidas en compacta columna, símbolo de la fusión de sus espíritus que se exhalaban en aclamaciones á la libertad y á la patria, é iban á recojerse como en un templo en el recinto de un salón ó de un teatro, preparados para sesión patriótica en que cada escuela tenia su voz en la alocución de su orador, su voto de entusiasmo en las palmadas y los vítores de todos sus alumnos asistentes. . . .

El 15 de Setiembre de 83, la manifestación escolar coincidiendo con el público desprecio, sentimiento ya despertado en contra de la fracción gonzalista, respondió á él, y la manifestación fué despreciativa para el Gobierno que pretendió indirectamente, sin conseguirlo, que la columna de estudiantes desfilase frente al Palacio. En el mis-

mo día del año 84, la manifestacion, coincidiendo, no ya con el desprecio, sino con la ira, pasion escondida bajo las formas exteriores de la apatía y de la resignacion, respondió tambien á ella, y la manifestacion fué iracunda. Los estudiantes salian de sus casas, se dirigian al teatro Hidalgo, centro designado para solemnizar una fecha en relacion con su histórico nombre, llenas sus almas de resolucion subversiva, como en virtud de una tácita conjuracion. Ninguno habia dicho á sus compañeros: "hagamos de nuestra fiesta de alegría una fiesta de indignacion".... Nadie lo decía, y todos lo querian.... Llegan momentos para una clase, como para un individuo, en que ella, como él, deja de pertenecerse á sí misma, algo superior la anima y la impulsa, obra con generosidad tan irresistible y fatal como el hombre más egoísta que, solo, al borde de las olas, ante una criatura que se ahoga, se inclina hácia ella y le tiende la mano. Los estudiantes de México no habian llegado todavia á ese momento, pero lo presentian. Entre tanto, sentian la necesidad de ser el grito, ya que aún no podian ser la accion.... Un estudiante vestido con el uniforme propio de su rango de aspirante

al Cuerpo Médico-Militar, avanza sin espada á ocupar la tribuna diciendo que ha querido dejarla en tan solemne ocasion, persuadido de que dejaba con ella "el signo degradante de nuestra servidumbre." Luego, un jóven, muy jóven, denunciando con su aspecto no haber bien salido de la veintena, atezada la piel con esa gradacion bronceada que toma el color de la ardiente raza africana tras larga aclimatacion en nuestras costas, saltados los ojos con esa especie de repulsion interior que muchos frenólogos consideran como el signo seguro de una gran potencia en las facultades de expresion, aquel jóven salido del más humilde pueblo, poco aliñado en su traje, negligente en su ademan, con ese desaliño y esa negligencia que corresponden generalmente á un desprecio de la propia materialidad que se resuelve en profunda audacia de carácter, se puso á hablar como si estuviera recitando un ejercicio en su clase de Retórica. Declamó algunos períodos hechos.... ¡Niñerías! Recogió un poco de las moléculas de lodo que flotaban en la atmósfera esparcidas por raros periódicos de oposicion, el fango ensangrentado de los cuarteles de Veracruz, la basura de los calabos

zos de Santiago Tlaltelolco, y como un chico que se divierte en lanzar esferitas modeladas con los dedos, lanzó él contra el personal del poder todo ese polvo reunido y amasado en violentas alusiones. Los estudiantes y el público no estudiante aplaudieron vivamente, y un nombre resonó entre los aplausos semejante á una voz de alarma: *Batalla!* Era este el apellido del jóven orador. Agitáronse los *policías secretos*, agentes disfrazados de la suspicacia del Gobierno y aún se creyó un momento que trataban de reprimir aquella demostracion hostil aprehendiendo al jóven que la representaba con su nombre y con sus palabras. . . . Entónces, una jovencita salida de entre el grupo femenino que asistia al acto en virtud de un movimiento espontáneo de simpatía, se levantó á hablar y dijo con resuelto ademan que ella y sus compañeras estaban dispuestas, si era necesario, á verter su sangre por evitar la aprehension del estudiante en peligro. . . . ¿Qué habia ahí, en el fondo de aquella fiesta?—*Lo que habia debajo*; el elemento pequeño y el elemento débil; los estudiantes y la mujer. . . . No estaba léjos el día en que ellos debian ponerse en accion ó ser envueltos en

la general servidumbre. Ese día llegó con el 12 de Noviembre del mismo año 84, en que comenzó en la Cámara de diputados el debate sobre el contrato de conversion de la deuda.

IV. El Debate.

Tal como estaba políticamente organizada y distribuida la cámara de diputados al iniciarse el debate, se podian señalar en ella tres agrupaciones: la de los diputados resueltamente serviles, la de los indecisos y la de los resueltamente independientes. La primera hacia la mayoría, la segunda la minoría, la tercera la excepcion. Los de la primera llegaban á cien, los de la segunda á 50 y los de la tercera apenas ajustarian la decena. Eso sin contar los *ausentes* cuya mayor parte rehusando asistir á las sesiones por no comprometer su voto

en ningún sentido podían ser asignados á la clase de los *indecisos*. Eran estos los llamados por un periódico de la capital *los diputados de agua tibia*, moto que el público recogió luego y comprendió en el apodo *los aguas tibias*, aplicado á la masa fluctuante de la Cámara. Colocada entre las dos agrupaciones extremas, parecía ser ella el botín preparado para los vencedores en una lucha desigual de 10 contra 100. ¿Sería arastrada por la fuerza del número hácia los 100 ó se replegaría hácia el mínimo grupo independiente por la fuerza de su conciencia? En los momentos en que más solemnemente se planteaba para ella ese dilema con la apertura de la sesión de la tarde del 12 de Noviembre, un diputado pidió la palabra y fué á usar de ella á la tribuna. ¡Triste tribuna! Picota, más bien que peana de la elocuencia, aquella tribuna á cuyos barrotes parecía encadenada la palabra libre, se veía sobre ella la espada, detras de ella las prisiones, todo á su alrededor la pequeñez y la humillación, caras infamadas por la mueca de la lisonja, dorsos encorvados por el hábito de rendir reverencias. . . . El autor de esta historia que asistía, en calidad de espectador, á aquella sesión

y que venía de ver la tribuna altísima y resplandeciente en España con la palabra de Moret y de Castelar; en Inglaterra con la de Gladstone y J. Bright, veía aquel aparato de Cámara con su presidente campanillando sus *mulas de Nuestro Amo* y sus voceadores de votaciones, y apenas concebía que pudiera salir ninguna idea grave, ningún grande acento del seno de una asamblea donde se mantenía tan bajo el nivel de la dignidad parlamentaria. . . . El diputado que se levantaba á hablar, alto, seco, todo nervios, había venido á la Cámara de las playas de Veracruz, ese Nápoles de México. El *vómito* es un cráter epidémico como el Vesubio es un cráter geológico, el castillo de San Juan de Ulúa es sombrío como las ruinas de Poestum y de Pompeya; las olas que se mecen á orillas de Sacrificios y de Anton Lizardo tienen las reverberaciones y las languideces de las que mueren junto á Procida y Sorrento; el *Norte* es tan implacable como el *sirocco*: éste marchita, aquel desgaja; el sol que flamea sobre las grutas carbonizadas de la *Solfatara* no es ménos ardiente que el que caldea las *tinajas* de Ulúa. . . . Estas coincidencias, esa vida semejante de continua fluctuación entre las

caricias y los rigores de una naturaleza á la vez voluptuosa y hostil, esa comun contemplacion del dolor bajo el prisma del placer dan al veracruzano como al napolitano la indiferencia de la vida y de la muerte; uno y otro tienen esa mezcla de indolencia y de pasion que hay en el fondo de los caracteres poéticos, y por eso la poesia se produce en las almas de ambos como por generacion espontánea. . . . El heroísmo es la poesia en accion, encarnando, humanando. . . . Cada *lazzaroni* esconde en potencia un Mazaniello, cada mulato de Veracruz esconde ¿á quién? ¿á qué? . . . El diputado veracruzano que subió á la tribuna era doblemente poeta por su naturaleza y por su vocacion literaria. Habia hecho versos á la luna, metrificado sus sentimientos, rimado el ardor de su sangre y de su espíritu. . . . ¡nada más! Derepente, tras largo período de dejarse impulsar, si no arrastrar por las masas avasalladas de aquella cámara, se siente ante una cuestion de vida ó de muerte, y sacude su pasada indolencia como uno de esos remeros veracruzanos que tendidos á dormirar largo tiempo en el fondo de su barca, se incorporan y se lanzan al remo con súbita energía, cuando advierten que

ha empezado á soplar el terrible *Norte*. Su aislamiento casi completo le hace sacar fuerzas de su debilidad, porque nunca se engrandece más el hombre que cuando más se individualiza, y como para alentarse á sí mismo busca recursos en su imaginacion que le representa la cuestion del momento como objeto de la ansiedad universal. . . . "El país enteró ¿qué digo?—exclama—¡el mundo creo que nos está mirando en estos momentos solemnnes en que debemos manifestarnos dignos de representar un pueblo ilustrado y libre!" Hombre, no de cálculo, sino de sentimiento, haya manera de desprenderse de los números en una cuestion de números é imprime á todo su discurso un tono profundamente patético. Habla á nuestro amor de raza presentando al acreedor inglés, preferido por el Gobierno al acreedor español despreciado en el plan de pretendida consolidacion del crédito nacional. Habla á la angustia palpitante de la situacion presentando como un espejo en que pueda reconocerse el cuadro del hambre de los empleados públicos, algunos suicidándose, otros muriendo de inanición. No discute; impreca. No analiza; condena de plano. Dice que el Gobierno se ha exce-

dido comprometiendo para el pago de la deuda las rentas federales que estaba impedido para ofrecer por expresa prohibicion legislativa. Y sienta una conclusion revolucionaria expresando que "aunque el convenio sea aprobado en la Cámara, no es obligatorio para el país." Todo esto, dicho en terso y atildado lenguaje que revelaba al versificador tras el tribuno, pronunciado en el tono agudo que da á la palabra la sobreexcitacion del espíritu y acompañado de gestos y movimientos llenos de grande energía ó desesperacion. . . . todo hubiera parecido insuficiente y declamatorio en otra ocasion en que se hubiese tratado puramente de debatir un proyecto de crédito público; pero entónces, en aquellos momentos en que la indignacion contra un gobierno vandálico hacia perder de vista las conveniencias de pagar una importante deuda y en que la animosidad pública cerraba un ojo para no ver la cifra de la deuda estricta y solo habria el otro para ver la de los 13 millones que le representaba el provecho de Gonzalez y Comp., entónces la peroracion del diputado veracruzano produjo grande efecto y satisfaccion en la muchedumbre de oyentes atraidos por el ruido del debate, y

aquella muchedumbre respiró como si su exasperada angustia hubiese encontrado al fin quien la comprendiese y la expresase. . . . Un coro de palmadas y aclamaciones terminó sobre todas las que partieron de cada intercolumnio de la Cámara. Salió de las galerías superiores, como si el aplauso que en las inferiores era débil é irregular, estuviese en aquellas compacta y poderosamente organizado. . . . Hasta entónces la atencion de los diputados y los concurrentes á las galerías bajas se volvió de preferencia hácia las altas, y se pudo observar sus graderías invadidas en apretadas filas por la juventud de las Escuelas. *Lo que habia debajo* se habia subido, parecia que aquel elemento pequeño y de pura importancia futura en la vida regular de las sociedades, lleno entónces del sentimiento de una mision excepcional en una cuestion de patria, tendia á ascender en el lugar donde iba ella á resolverse, y á buscar en su elevacion material una significativa correspondencia con la superioridad de su misma mision. Un grito estridente de "viva Veracruz!" confundido con otros de "viva Diaz Miron!" lanzado por un estudiante que asomó medio cuerpo sobre el balaustre, saludó

al diputado orador en el Estado de su nacimiento. El nombre de *Salvador Diaz Miron* fué declarado en un momento en virtud de tácito y espontáneo convenio una especie de voz de ataque, como el del estudiante Batalla habia sido la voz de alarma. Hay nombres que las multitudes izan como si fuesen banderas; se diria que tienen pliegues y colores, se les ve tremolar. . . . Los estudiantes habian subido á las galerías superiores sin nombre alguno especial que aclamar. Por eso el espíritu que la animaba al abrirse la sesion era hasta cierto punto inocente: una vaga necesidad de manifestarse, de hacer sentir sus antipatías contra el convenio Noetzlin por medios enteramente escolares, como los que se usan en las aulas contra los profesores rígidos que no dan asueto. Pero luego, con aquel discurso á que referir sus vagos sentimientos, con aquel nombre que aclamar, la multitud estudiantil halla ó se figura hallar los viejos instrumentos de nuestros motines: un plan y una bandera. Desde ese momento ya no fueron espectadores; eran amotinados. Solo les faltaba para determinar su nueva actitud que un obstáculo moral se les opusiese para tener en él algo que com-

batir, algo que destruir, y ese obstáculo se les presentó bien pronto bajo la forma y en la palabra de un diputado obeso y de gran talla que se levantó á hablar en pro del dictámen de aprobacion del contrato Noetzlin.—Tenia aquel hombre todas las dotes naturales y adquiridas que pueden servir para inspirar respeto á la juventud: la corpulencia de la figura, cualidad apreciableísima tratándose de impresionar almas sensibles que se dejan recomendar las proporciones espirituales por las físicas; tenia el talento, la ciencia adquirida en larga vida de estudio, cierto aplomo magistral en el estilo y en la palabra. . . . El Gobierno de Manuel Gonzalez no pudo haber elegido un hombre mejor por sus cualidades personales para oponerlo al tumulto de la juventud. Y sin embargo, apenas se levantó á hablar cuando se notó un murmullo general de desagrado y hostilidad que salia de las galerías superiores. ¿Qué significaba?—Era que aquel hombre formaba parte principal de la redaccion de *La Libertad*, el periódico subvencionado de D. García. Ese fenómeno de óptica política en virtud del cual la figura de un hombre se hace diáfana y la luz que la ilumina pasándose á través

va á proyectar tras de ella la figura de otro hombre, ese fenómeno anulaba entónces en el orador todas sus cualidades propias y le atribuía todas las impurezas, todas las desvergüenzas, toda la impopularidad del personaje patibulario D. García I. Como abrumado por la conciencia irresistible de su situación, balbute más que habla frente á ella. Todos los hombres somos en ciertas ocasiones unos niños grandes; tan niños como el chico que dice á su madre con gran persuacion "¡si no lloro!" cuando está llorando. El diputado no hace más que decir "mi conciencia." Afirma la tranquilidad y rectitud de ella, la enfatiza cuando debiera evitarla. . . . Los estudiantes que ceceaban desde que comenzó á hablar, tosieron. Luego se refiere al discurso de Diaz Miron como "declamaciones," y los estudiantes que tosían, gritan. Por último se pierde en escarceos de política, se acoge á la sombra del general Diaz con quien dice haber tenido una entrevista de que dá cuenta, y al ruido de tan pequeña oratoria en que no resuena ninguna razon triunfante en favor del voto afirmativo con que promete apoyar el contrato de la deuda, surgen todos los vicios y desórdenes de nuestra

Cámara-teatro. El público todo se siente arrastrado por el tumulto de los estudiantes, las galerías bajas concurren á la algazara de las altas, el presidente agita en vano la campanilla amenazando á los gritones con aplicarles la letra muerta de un artículo expulsor del *reglamento* de la Cámara, y el diputado orador se calla y se sienta presentando en su aspecto todos los síntomas de un actor silvado. . . .

Tal fué el principio del debate: tal debia ser su curso y su fin. Varían los incidentes, cambian turnándose los oradores del *pro* y del *contra*; el debate no avanza un punto; á lo más va á dar á la cifra de los 13 millones del exceso, objeto de interpelaciones por parte de la oposicion, de reticencias por parte del Gobierno y sus oradores. Pero un hecho importante se habia desde luego verificado en aquella primera sesion. El se manifestó con motivo de una proposicion incidental presentada por algunos diputados independientes pidiendo que se presentase á informar sobre un punto del debate el sub-secretario de Relaciones Exteriores. La votacion nominal sobre esa proposicion arrojó 75 votos en *pro* por 85 en *contra*. Era este

el signo de una evolución parlamentaria consumada en minutos en virtud del impulso loco y tumultuario de la juventud de las escuelas. Una gran masa de los *tibios* se había replegado á las filas de la oposicion que se abrieron para recibirlos. ¿Pudo decirse que se habian *enardecido* á los gritos y silvidos de los estudiantes?—¿Y por qué no?—En una sociedad y en una época en que la generalidad de los hombres grandes y serios causan risa cuando no desprecio, hay que tomar en serio á los muchachos.... Su tarea, empero, no estaba más que iniciada. En rápida ojeada la veremos proseguirse y terminarse en la Cámara y fuera de ella, en las calles de la capital.

V.

Lo agregado.

Ante la actitud turbulenta de los estudiantes posesionados de las galerías superiores como de las barricadas de un motin á gritos construidas en el seno mismo de la Cámara, Manuel Gonzalez

decidió mover hacia ellas su cohorte de policías secretos convertidos en esbirros, sus agentes de seguridad y de orden transformados en celadores *ex-cathedra* de las escuelas y colegios. En virtud de esa decision, cada estudiante tuvo á su lado ó detras de él, en las sesiones subsecuentes del debate, un policía secreto ó manifesto que le acotaba los movimientos, le media la intensidad de los gritos, le decía esto: "al otro grito que *pegue* me lo llevo á usted á la *Diputacion*;" (la *Diputacion* es el nombre aristócrata de la cárcel correccional) ó esto otro: "estese usted quieto, si no quiere dormir en la *chinche*;" (la *chinche* es el nombre plebeyo de la misma cárcel.) De allí que la juventud de las escuelas, reprimida dentro de la Cámara tendiese como los gases á llevar á otra parte su fuerza expansiva. Desde ese momento el motin estudiantil rechazado en las galerías se echó á la calle. Se le vió primero en la forma inocente de un peloton que se movia y gritaba. Gritaba "vivas" y "muérras," se estacionaba bajo los balcones de un diputado de oposicion y le daba una serenata de aclamaciones; detenia y levantaba, sustentado por los estudiantes más altos y fuertes á tal otro diputa-

do que se resignaba á un triunfo en relaciones materiales con el de Sancho Panza Luego, aquel peloton iba engrosando al moverse, recogiendo en su marcha algo nuevo que el análisis desdeñaba, partículas, seres humanos ciertamente—¿clasificables?—sin duda!—Un periódico de oposicion, (1) ardiente simpatizador del motin, les llamaba con laudable entusiasmo *ciudadanos honrados*.—¡Está bien! Pero eso es hacer frases corteses, y no analizar El historiador no retrocede ante las realidades bruscas. ¿La crítica histórica dejará que ciertas susceptibilidades patrióticas le impongan un límite en lo grotesco?

Los hombres que recogia el peloton de estudiantes hacian un puro elemento de agregacion. El *artesanita* ú obrero de pequeña industria, privado de ocupacion ó en el goce de un dia ó algunas horas de huelga, el *cesante* cuya vida miserable se sostiene solo con la esperanza de volver á ser empleado, el *lépero*, ese harapo vivo de nuestras calles, ese ripio de nuestra poesía y *caló* de nuestra prosa, todo lo que vaga, lo que está sobrando ó

(1) *El Tiempo*.

está de broma, lo que se estaciona á parlotear en las esquinas de México, lo que riñe en las cantinas, dormita ó tambalea en las pulquerías Todo eso prestó al motin escolar las únicas fuerzas que podia prestarle: su fuerza cohesitiva para agregarse, su fuerza de proselitismo para secundar ciegamente el movimiento inteligente y patriótico y añadir al tumulto inofensivo de la juventud la fuerza agresiva de sus pedradas Toda esa gente sentia algo, queria algo ¿Pero sabia lo que sentia, se daba cuenta de lo que queria?—Al oirla expresarse por conversaciones y párrafos sorprendidos entre los grupos de las calles, pudiera haberse creido que una invasion extranjera amenazaba al país ó que se nos preparaba en Londres otra convencion tripartita. « *Si nos quiere vender á los ingleses* era la frase predominante. El sentido vulgar tomaba y entendia literalmente esa frase y hasta se ponía á calcular el tanto-cuanto de la compra-venta. Un lépero formulaba así sus deducciones en medio de un corro de oyentes:— «Somos diez millones de mexicanos, decia, ostentando, para objetivar la tésis, los diez dedos de sus manos,—la deuda inglesa es de ochenta millones